

Antonio Díaz-Florián

# EL MATA "CHÉ"

Ficción histórica sobre las últimas horas del Comandante

ó

Ediciones Azqueta

## **Soliloquio**

Esta obra está protegida por los derechos de autor, depositados en la SGAE (Madrid) y el Registro Territorial de la Propiedad Intelectual (Ref: 12/033157.5/08).  
Si desea utilizar la totalidad o parte del texto dirijase a la SGAE y/o al autor, a través de su página web:  
[www.diaz-florian.com/contacto](http://www.diaz-florian.com/contacto).

Fue representada por primera vez en el Teatro Espada de Madera de Madrid el 20 de septiembre de 2007 por le propio Antonio Díaz-Florián.

**ACTO ÚNICO**

Tayta Sol agonizaba tras las montañas,  
Mama Tuta comenzaba a desplegar  
su oscuro manto nocturno,  
y yo, ...  
yo sentía mis tripas anudarse  
a cada paso que el prisionero herido  
daba sobre el camino sin regreso.

El dolor de la bala incrustada  
parecía hacer crujir  
los pedruscos punzantes.

Solo el fúnebre canto de las lechuzas cazadoras  
lograba romper el silencio angustioso del anochecer.

Al verlo cojear, me acerqué para ofrecerle un palo  
que le sirviera de bastón,  
fue cuando, por primera vez,  
me clavó su mirada,  
esa mirada que atraviesa la carne  
y va a plantarse en lo más profundo del alma.

La sangre que brotaba de su pierna herida  
teñía lentamente la tela del pantalón.

De vez en cuando una gota furtiva  
iba a estallarse contra una piedra polvorienta,

dejando así la traza de sus últimos pasos.

La muerte había logrado tallarse una brecha en el castillo inexpugnable del combatiente, y esta vez no le daría tregua alguna.

Cuando, por fin, llegamos al único pueblito de la región, miré discretamente uno de los dos Rolex que previamente había confiscado al prisionero, las agujas marcaban las 7 pm.

Luego lo volví a esconder, no fuera que un superior envidioso me lo reclamase:

¿A qué reloj se refiere mi capitán?  
¡Ah! al del forastero.  
Aquí lo tengo, mi capitán.

Lo había guardado, por si acaso, para que no se pierda...

Tenga usted, en sus manos estará mejor.  
De todos modos el prisionero ya no lo necesitará.  
¿No es cierto, jefe?  
Y de un solo gesto, el capitán "D", me arrancó el Rolex de la mano y agregó:  
"¡Pendejo!"

Yo, hice el que nada, porque sabía, que en el bolsillo izquierdo de mi chaqueta,

el otro Rolex continuaba su tic-tac.

A cada segundo,  
una espesa oscuridad inundaba la tierra.  
Todo presagiaba una noche sin fin.

Los campesinos se habían cargando ya  
con sus pesados ponchos  
y, plantados delante de sus casitas,  
contemplaban, silenciosos,  
el paso del prisionero herido.

Nuestros generales y consejeros militares,  
nuestros rangers y soldados,  
nuestros agentes e informadores  
ocupaban rápidamente sus posiciones respectivas:  
los unos, en la oficina de correos y telégrafos,  
y los otros, alrededor de la Escuela,  
último paradero del largo viaje del forastero.

En la parte inferior de la vieja pizarra gris  
un niño había dibujado una pequeñísima motocicleta.  
En el centro, un soldado repleto de orgullo nacional,  
había escrito en letras mayúsculas y enclenques:  
“Tercer Regimiento de Infantería.  
¡Los jaguares invencibles!”

Afuera, un perro esquelético  
corría de puerta en puerta  
anunciando a sus compadres,  
la llegada de carne fresca.

En efecto en la contienda de la mañana  
habíamos logrado matar a dos rojos.  
Buena carne para los perros nacionales.

Pero la mejor presa  
esperaba aún en el matadero de la Escuela.

Todos conveníamos en que se trataba  
de una presa de calidad superior,  
y que de hecho sería destinada a la exportación.

Aunque algunos apostaban  
que solo se llevarían la cabeza  
y otros que tan solo las manos.

Por fin ganaron los que apostaron por las manos...  
porque le cortaron las manos...  
sí... sus manos...

Será pues, para que los gringos se hagan  
un buen caldo de pazca.  
Decía el más chistoso,  
provocando un estallido de risas y carcajadas.

Los niños, espantados y curiosos,  
espiaban tras las rendijas de sus puertas.

Nunca habían visto tanta gente vestida de verde  
y armada hasta los dientes,  
que iba y venía a paso de carrera,

dando voces y gritos.

Las mujeres, envueltas en sus mantas  
y alrededor de sus fogones,  
unían sus cuerpos temerosos,  
porque eran mujeres,  
porque eran madres e hijas,  
porque ellas sabían  
que tras las risas groseras de los militares,  
siempre se esconde la lujuria y la violación,  
placeres con los que el soldado regocija  
sus noches de victoria.

“¡Sí mi Capitán, sí mi General!”  
Y como gallinas alborotadas entraban y salían  
de la oficina de correos y telégrafos  
transformada en Cuartel General.

Es allí donde llegarían las órdenes  
sobre la suerte de 500:  
o se lo mantiene en 600  
o se lo transforma en 700...

De pronto, a eso de las 9 pm.  
me asaltó un extraño presentimiento,  
tenía que ir de inmediato a la Escuela,  
para ver de cerca y en su corral,  
al toro que iba a lidiar.

Abrí cautelosamente la puerta destartalada  
y por fin le vi,

solo.

Allí estaba, sentado en el único banquito de clase  
que los soldados habían dejado.

Allí donde no más tarde que ayer  
los niños de la comarca  
coreaban la tabla de multiplicar.

Con sus dos manos,  
aunque atadas por una cuerda,  
apretaba fuertemente su muslo,  
como queriendo detener el dolor  
que le producía la bala incrustada.

Apenas se dio cuenta de mi presencia  
que rápidamente soltó su pierna,  
e inclinó la cabeza, para ocultar su dolor,  
pero yo veía claramente  
cómo sus mandíbulas se contraían  
a cada pinchazo que la herida,  
ya infectada,  
expandía a través de todo su cuerpo.

Al verlo padecer,  
y sabiendo que nadie le iba a socorrer,  
me acordé que, en alguna parte de mi uniforme,

tenía un remedio que mi Mamita me dio:

- Lleva esta patillita de aspirina", me dijo.

- ¿Para qué, Mamitay, si estoy bien?



- Mejor te sentirás, si llevas siempre contigo una pastillita de "Mejoral".

Ante tanto cariño  
hice lo posible para contener mis lágrimas  
y disimular, con una sonrisa,  
la tristeza que me causaba el dejar mi pueblo,  
mi familia, mi gente,  
y le contesté:

- Tiene usted razón, Mamitay,  
pues como dice el señor speaker de la radio:  
- "Mejor mejora Mejoral"

Luego me arrodillé  
para que me diera su bendición,  
fue cuando vi que en sus ojos lagrimosos  
se había plasmado la imagen del espanto y del horror.

Su hijo no solo iba a ser un buen militar  
sino que también sería el asesino de la esperanza.

"El Mata- "Ché"  
Sí, Mamitay,  
ya soy lo que tú viste en mí  
el día de la despedida.  
Aquí me tienes, solo en este perro mundo.  
Desamparado,  
como piedrita que el río arrastra

y va a chocar contra la roca  
de la inferencia y el menosprecio  
de todos aquellos  
en quien deposito mi triste y vergonzosa mirada.

Ya estoy cansado Mamitay,  
quiero que me lleves allá donde tu estás,  
quiero de nuevo ser el niño que te escuchaba cantar:

*No te enamores... perla challay...*

*No te enamores...*

¡Ay! qué triste había sido el nacer pobre, ¡caray...!

Para calmar el dolor del forastero,  
no tenía otra cosa que ofrecerle  
sino el remedio de mi Mamita.

La pastilla brillaba como una perla  
en medio de mi mano negra de pólvora y muerte.

No sé cómo logré acercarme hasta él,  
pero cuando la pastilla estuvo al alcance  
de sus manos atadas,  
de pronto levantó la cabeza y:

¡Santo Dios!

Su mirada era la misma que la de mi Mamá.  
Fruncí las cejas para ocultarme,  
pero fue en vano,  
el prisionero ya había visto en mí a su verdugo.

A penas me liberó del peso de la aspirina,  
le dije:  
“Voy a traer un poco de agüita”

Salí casi corriendo.  
Quería huir.

Quería desaparecer por entre las grietas de las montañas.

El prisionero no era él sino yo,  
yo mismo era prisionero de mi destino:

Había nacido para matar.

Todo me hería el alma.  
El olor pestífero de sangre coagulada  
removía mis tripas,  
tenía la sensación que iba a vomitar mis entrañas.

El viento nocturno pinchaba mi rostro  
y hería mi garganta.

La luna, medio muerta medio viva  
parecía tiritar de frío  
y su lucero amante  
trataba vanamente de acercarse a ella  
para poder cobijarse en su vientre menguante.

Y yo... yo no tenía a nadie...

Yo, minúsculo gusano de angustia  
ante la inmensidad confusa de la vida,  
no sabía a dónde dirigir mis pasos.

Miré a un lado y a otro,  
buscando una escapatoria.

Pero no podía ir muy lejos,  
había jurado servir a la Patria,  
y el pueblito que ocupábamos  
tan solo contaba con cinco casitas a la derecha  
y cuatro a la izquierda.

Más una, que aislada de las otras,  
enmarcaba su puerta  
con la luz amarillenta  
de un lamparín de querosene.  
Compañera póstuma del difunto teniente "N".

El único ranger que los rojos  
habían logrado matar  
durante la emboscada de la mañana.

Se trataba de un paisano mío,  
del hijo de mi vecina.  
Juntos habíamos crecido y jugado,  
juntos, a los 18 años, nos enrolamos en el ejército  
con la esperanza de adquirir una profesión  
que nos permitiera escapar del hambre y la sequía  
que acechaba nuestras tierras.

En eso me asaltó una duda:

¿Y si antes de ser herido en la pierna,  
y que el cañón de su fusil sea perforado y neutralizado,  
el forastero pudo disparar contra mi paisano?

En ese caso,

¿qué voy a contar a la gente del pueblo  
cuando vaya acompañando el cadáver?  
¿qué voy a decir a su esposa y a sus tres wawitas?  
¿que su padre murió como un héroe  
y que yo di una aspirina al hombre que lo mató ?

¡Malditos rojos!

Dicen que luchan contra los ricos,  
¿pero a caso han matado a un solo terrateniente?  
¿o a un solo propietario de mina?  
¡No! Tan solo han matado a un pobre indígena,  
a un humilde hijo de esta Pacha Mama.

Mama Luna,

usted que lo ve todo desde allá arriba,  
dígame:

¿Por qué los blancos altivos,  
que sean del norte o del sur, del este o del oeste,  
siempre han querido exterminarnos?

Quiero entender, Mama Killa,  
quiero comprender el porqué de todas estas muertes.

¡Respóndame Mamitay,

antes de que mis lágrimas se trasformen en balas  
y vaya a plantarlas en el corazón del barbudo.

¡Dígame señor forastero!  
En sus manifiestos dice  
que lucha contra el imperialismo yanqui,  
muy bien, en ese caso:  
¿ por qué no va a al país de los gringos  
en lugar de venir al país más pobre de América?

Nosotros no poseemos fábricas,  
ni rascacielos, ni bancos...  
entonces ¿qué viene hacer aquí?

¡Responda!  
o de un tiro le quemo la barba de chivo que tiene.

En eso, me dio un violento puñetazo  
en la boca del estómago.  
El dolor me cortó la respiración.

Yo tenía aún mi pistola en la mano  
y de un solo balazo  
podía hacerle saltar el único botón  
que unía su camisa sucia y harapienta  
e inundar de sangre su desnudo pecho.

Pero ocho potentes brazos me lo impidieron  
y me arrastraron hasta el exterior de la Escuela

- "Disculpe usted, Teniente,

dijo uno de los cuatro rangers que me rodeaban,  
pero le hago acordar que las órdenes son formales:  
por el momento 500 debe ser mantenido en 600”

- ¡No!

¡Yo quiero transformarlo en 700, ahora mismo!

- ¡No lo permitiremos, señor!

¡Se trata de una orden del Alto Mando!

¡Los de arriba!

¡Siempre los de arriba!

Dando órdenes desde su oficinas  
mientras que nosotros, en el frente,  
tenemos que tragar nuestras lágrimas de rabia y dolor.

¡Alo,! ¿La capital?

¡Alo,! ¿El Palacio Presidencial?

¡Alo! ¿El general “B”?

Disculpe usted la molestia mi general,  
le llamo para sugerirle una solución para 500:  
Hay que transformarlo en 700 , lo antes posible.  
De lo contrario los gringos lo van a llevar a su país  
para exponerlo de feria en feria,  
como hicieron con nuestro hermano,  
el indio Jerónimo.

¿Alo?...

El tiempo apremia, mi general.

Debo informarle que el consejero militar "R",  
ha venido en su helicóptero privado,  
ha pedido la mochila del prisionero,  
y ha fotografiado todito lo que contenía.  
Al cuadernito escrito a la mano  
le ha hecho fotos hoja por hoja.  
y a su libro de poemas, y a su pipa...  
Y lo peor...

¿Alo?...  
Fíjese pues, mi general  
cómo los gringos son astutos  
y lo saben todo:  
Que "¿dónde estaba el segundo Rolex del prisionero?"  
nos preguntaba el consejero,  
al mismo tiempo que escrutaba nuestras miradas.

Claro, yo no dije nada...  
pero tenía miedo que el tic-tac de mi corazón  
se detuviera y que el gringo escuchara  
lo que tenía escondido  
en el bolsillo izquierdo de mi chaqueta.

¡Alo!  
Se cortó la comunicación.  
Qué pena...  
Aunque, es normal, estas horas tardías  
el Supremo y Padre de la Nación  
debe estar durmiendo,  
siquiera un poquito, no más.



No debemos estar ya muy lejos de la media noche.

Los perros aullaban a la luna  
y el eco imitador  
prolongaba sus tristes alaridos hasta el infinito.

Los soldados habían hecho pequeñas fogatas expiatorias  
e intentaban reanimar sus almas afligidas  
con la ayuda de sus raciones de alcohol.

Las estrellas en el cielo  
alertadas por los últimos sucesos del día  
se habían agrupado en constelaciones para  
redactar conjuntamente,  
las últimas escenas del último acto,  
de la tragedia del gran combatiente.

Por nuestra parte, los Jaguares Invencibles,  
habíamos “parlamentado” sobre un trueque  
que queríamos proponer a los gringos:

A ver:

Nosotros les damos 500 vivo,  
y ellos a cambio nos dan 500 tractores.

- Manan ... manan...

“¡No! ¡Muy barato!” decía yo.

“Los gringos saldrían ganando como siempre.

Mejor que nos den 500 aviones.

¡Eso! 500 aviones de combate.

Y de yapa, que nos pongan 500 pilotos instructores.”

Con una flota de esa magnitud,  
podemos fácilmente declarar la guerra a los chilenos,  
reconquistar los territorios que nos robaron 1871,  
y recuperar nuestra salida al mar.

Buena idea ¿no? .

Sí, pero no es todo,  
para poder intercambiar 500  
es menester que esté vivo, sanito y coleando.  
Y no es el caso.  
El prisionero estaba muy malherido  
y con el frío de las alturas,  
es posible que ni pase la noche  
y adiós aviones...

Decidí pues llevarle una manta y unos cigarrillos.

Cuando estuve cerca de la Escuela,  
vi que la puerta estaba abierta de par en par.  
Seguramente alguien importante había pasado  
para dejarla de esa manera.  
¿Pero quién podía haber sido?  
¿Y a estas horas, a las 2 am. ?

Miré a los alrededores pero no vi a naide.  
Las tres filas de ránger que rodeaban la escuela  
no eran más que tres hileras de troncos verdinegros.

Debo reconocer  
que un cierto escalofrío de miedo me atravesó.

Y éste se acrecentó cuando al entrar en el aula,  
sentí claramente la presencia de alguien o de algo.

Sin embargo el prisionero estaba solo,  
inmóvil,  
sentado en su banquito.  
Pero es verdad que emanaba una paz  
y una tranquilidad tal ,  
que ni siquiera los santos de la iglesia la tienen.

Para romper el mórbido silencio le pregunté:

¿Señor, está usted pensando en la posteridad?

Él no respondió nada, se limitó tan solo a mirarme.  
En eso oí una voz lejana que me decía:

“¡Qué sabes tu de posteridad, pobre diablo!”.

De pronto no vi en él  
nada más que suficiencia y orgullo,  
los mismos sentimientos que, desde hace siglos,  
los forasteros muestran hacia el indio.

Y eso me llenó de odio y rencor.

No supe cómo reaccionar ante su silencio menospreciante.  
No podía darle una bofetada,  
ni mucho menos una patada,  
el prisionero estaba atado de pies y de manos.  
Y no era digno de un ränger.

Entonces sentí que mi boca se había llenado de bilis  
y que debía hacerla estallar contra su cara.

A penas mi escupitajo toco su piel  
que de entre sus labios salió otro que me cegó.

Solté la manta que llevaba.  
e instintivamente puse la mano sobre mi pistola,  
pero la imagen de los 500 aviones de combate  
y la salida al mar  
se interpusieron entre su altivez y mi coraje.

El mar....  
a mí siempre me ha gustado el mar,  
aunque debo confesar que nunca he pisado sus playas  
ni he mojado mis pies en sus aguas.  
Solo lo vi a través de la ventanilla del avión  
que me llevó al país de los gringos,  
para perfeccionarme como ránger.

Yo miraba y miraba el mar de mis sueños,  
mientras intentaba de memorizar  
una que otra palabrita en inglés.

¡Fuck you! ¡Maldito!  
le grité al mismo tiempo que me limpiaba los ojos  
del escupitajo.

Él sonrió.  
Nunca supe si fue por mi ceguera

o por mi acento en inglés.

Aunque a mi una gringa, rellenita y guapetona,  
me dijo que tenía una muy buena... pronunciación.

¡Fuck!

“Fuck”, es la palabra que se utilizan los gringos para  
Referirse a toditas las cosas.

“Well, mister, fucker”, le dije,  
veo que usted entiende el inglés,  
a ver si en esa lengua se digna responder a mis preguntas:

¿What do you want to do in my country?

¿No?

¿Tampoco?

A ver, probemos en mi lengua, el aymara,  
o no, mejor en quechua, que es más fácil:

*¿Ima ruaqmi jamunki llaqtayman?*

¿No?

¿No entiende?

Claro, qué va a entender nuestras lenguas de salvajes.

¿No es cierto, “mister”?

Sin embargo, el cholo indio que soy  
quisiera hacerle una preguntita,  
unita no más:

Usted dice,

Que viene para luchar por y con los indios.

Ahora bien, dígame:

¿Cómo piensa comunicarse  
con la gente que pretende salvar,  
si ni siquiera habla su lengua?

Por unos instantes, tuve la sensación  
que estaba de acuerdo conmigo.  
Pero en el momento preciso que me iba a responder,  
de pronto se puso a toser , a toser y toser...

Su tos es como un trueno enjaulado  
que en su intento desesperado por escapar,  
choca contra las rejas de su quebrantado pecho.

La muerte ligo tiempo disfrazada en asma  
desgarraba ya las entrañas de su huésped.

La muerte....

¿A caso es ella quien ha venido a visitarle  
y ha dejado la puerta abierta?  
¿O quizás han sido los chamanes indios  
o los Apus de las montañas?,  
¿o de repente los espíritus de sus compañeros muertos?

Sabe usted, en el cuartel nos dieron la lista completa de los rojos ya eliminados.  
A ver, creo que los tengo apuntados en alguna parte:

Pantojo, Manuel, Vito, Tania...

Cuando pronuncié el nombre de Tania

todo su ser se encendió de cólera y desesperación.  
En ese instante era capaz de abalanzarse contra mí  
y contra los cientos de soldados,  
con tal de acabar de una vez por todas.

Me dio mucha pena.  
Me dije que podía escupirle, golpearle  
y hasta quizás matarle,  
pero que de ninguna manera  
podía ofender la memoria de sus muertos.

Cabizbajo y no muy contento de mí,  
abandoné la escuela.  
Una vez afuera, sentí que, al igual que yo,  
los 1600 soldados  
parecíamos flotar  
en un mar aparente de alegría  
por nuestra exitosa misión,  
pero que, en verdad,  
una profunda corriente de tristeza  
nos arrastraba hacia el fondo del océano de la  
culpabilidad.

La culpabilidad...

Perseguido por ése sentimiento,  
del que jamás me podré deshacerme,  
caminé hasta las afueras del pueblo.  
Allí, cansado y extenuado,  
me senté sobre una enorme piedra blancuzca,  
una de esas piedras forasteras

que brotan en medio de la tierra oscura,  
y que los ancianos veneran  
por que dicen que tienen poder.

Pronto mi cabeza comenzó a balancearse  
como un panal de avispas  
mecido por el viento de las pesadillas.  
Al final acabé tumbado de espaldas  
sobre la piedra fría.

De repente la bóveda del cielo  
se cubrió de un inmenso retrato de mi Mamita.  
Su dulce y triste mirada estaba plasmada de dolor,  
y como en un eco lejano oí su voz que decía:

-“No llores wawita, no es tu culpa...  
La culpa la tiene el hambre  
y las injusticias que hemos padecido.  
No llores...”

Luego sus ojos se llenaron de lágrimas  
hasta inundar todo su rostro,  
todo el cielo y toda la tierra.

De un sobresalto me desperté.  
No supe si yo estaba llorando,  
aunque un hombre verdadero nunca llora,  
mas bien sería el cielo quien se había dignado dejar caer unas gotas de agua sobre la tierra  
sedienta.

Mi abuelita, mi Mamacha,



solía decir que a veces,  
a eso de las 4 de mañana,  
el niño Jesús orina unas gotitas  
desde su cuna celeste.

En efecto, la aurora manifestaba ya su presencia  
y poco a poco el noveno día del mes de octubre,  
se iba instalando.

De pronto:

¡Santo Dios!

*Supay runa.*

¿Y el forastero?

¿No se habrá congelado de frío  
y con él la salida al mar?

Apresuré mis pasos hasta llegar a la Escuela.

Pero allí estaba.

Tenía los ojos cerrados

pero yo sabía que no dormía.

En eso, de nuevo oí la voz que me decía:

-“¿No ha logrado dormir, Teniente?”

-“No. No he logrado dormir”

respondí en mi mente.

“De ahora en adelante nadie logrará jamás

conciliar el sueño,

porque a penas nuestros párpados se unirán,

que la pesadilla de su muerte los separará”.

Luego noté...

sí, esta vez noté claramente que sus labios  
se movieron,  
hasta esbozar una ligera sonrisa que quería decir:

- "Ya pronto todo se acabará."

Pensé en las últimas palabras de Cristo  
que el cura canta o grita el día de viernes santo.

- "Ya todo está consumado".

No le comenté nada.

Él era un rojo materialista y no creía en Taita Dios  
ni en la Semana Santa, ni en nada.

Al ver que mantenía los ojos cerrados  
aproveché para acercarme a él.

No se movió ni un ápice.

Poco le importaba si venía para dispararle  
un balazo en las sienes  
o si venía para ponerle un cigarrillo encendido  
entre los labios.

Ante tanta grandeza y dignidad  
en un hombre vencido y al borde de la muerte,  
me sentí tan insignificante  
como un patito recién nacido,  
me limité a balancear el peso mi cuerpo  
de una pierna a otra,

mientras que él aspiraba el humo, pausadamente,  
como si se tratara de sus últimos suspiros.

En eso sentí que,  
en el bolsillo izquierdo de mi chaqueta,  
el tic-tac del reloj continuaba, implacable,  
a hacer desfilar el poco tiempo  
que la muerte nos otorga prestado.

- Señor, le dije, tengo su Rolex  
- Su reloj  
- Si le ocurre algo,  
¿quiere que lo haga llegar a su señora esposa?  
- ¿O a su hija?  
-¿O a su Ernestito chiquitín?  
Dicen que a penas usted le conoce.

Él dejó de fumar y fijó su mirada en el vacío.  
Sus pensamientos subían a los cielos  
transportados por el humo del tabaco calcinado.

Decidí no importunarle más y respetar el su silencio.

Al dejar el aula me encontré con el capitán "P",  
que, al el mando de su regimiento,  
salía tras los rojos que ayer no logramos capturar.

Eran las 5 am.

Le pregunté si debía seguirle con mis hombres.

- No - me respondió-.

a usted le necesitan aquí  
para menesteres de mayor importancia  
que perseguir fugitivos en la quebrada del Churo.

Me sentí un poco incómodo  
cuando pronunció la palabra “menesteres”,  
y más aún cuando vi que el resto de la tropa  
parecía saber a lo que su jefe se refería.

Quise preguntarle de qué “menesteres” se trataba.  
Pero antes que yo hablara él agregó:

- No olvide, Teniente,  
que quizás fue del fusil del forastero,  
de donde salió la bala que mató a su paisano.

No contesté nada.  
Caminé apresuradamente hasta la casa  
donde se estaba velando el teniente héroe,  
pero ya no le pude ver.  
Lo habían envuelto en una bolsa de plástico  
repleta de formol,  
en espera del helicóptero,  
único medio de sacar el cuerpo inerte de entre las encrucijadas montañas.

La ausencia de mi paisano  
me hizo sentir más desamparado que nunca.  
Yo que había nacido allá,  
allacito nomás,  
justo detrás de esos cerros,  
yo que era hijo de esta Pacha Mama,

yo, me encontraba tan solo y abandonado  
como el mismísimo forastero  
que venía de países tan lejanos .

La palabra “menester”  
guió mis pasos hacia la oficina de correos y telégrafos.

Cuando estaba a unos metros de la casita Cuartel,  
salieron tres oficiales del Alto Mando ,  
formaron una línea delante del perón de la puerta  
y el general “S”  
habló en voz alta, casi gritando:

- ¡Se necesita un voluntario para transformar 500 en 700!

.

¡Por fin!

Me exclamé en silencio.

Luego miré a mi entrono y me di cuenta que,  
sin haberlo premeditado,  
me encontraba más cerca de los generales  
que los cientos de rangers que esperaban, ansiosos,  
las últimas consignas.

- Muy bien teniente “T”.

Visiblemente usted es el primero entre todos,  
sobre usted recae pues el alto honor de ejecutar  
las órdenes presidenciales.

Luego, el general “G”  
rompió su sonrisa cuajada y fría,  
y dejó estallar su voz de trueno:

- No lo mate por completo, Teniente,  
déjelo medio vivo para que nosotros también lo gocemos un poquito.

Yo me puse aún más rígido y marcial.  
Apreté mi fusil ametrallador.  
Hice el saludo militar y, como un autómeta,  
di media vuelta  
y comencé a correr a paso de cadencia  
hacia la Escuela.

El Rolex marcaba las 12,  
pero no sabría decir si se trataba de am. o de pm.  
porque aunque el sol estaba en su cenit  
yo sentía que un escalofrío de medianoche  
atravesaba mi cuerpo.

Además no podía levantar la mirada hacia el cielo.  
porque sabía que Taita Inti me cegaría.  
Debía cuidar mi vista.  
Tenía que apuntar muy bien.

Las órdenes eran tajantes:  
no se debe disparar ni sobre la cara ni sobre la cabeza,  
los gringos la quieren intacta.

Todo era silencio y angustia.  
Los fogones habían cesado de emanar  
su humo familiar,  
los pájaros habían detenido sus cantos  
y los perros se habían replegado

bajo la escasa sombra del mediodía.

De pronto el cielo comenzó a tronar  
y la tierra a temblar,  
el pájaro de metal venía para llevarse al muerto.  
Pero éste aún estaba vivo.  
El tiempo apremiaba.  
Tenía que pasar al acto sin tardar.

No sin dificultad el helicóptero  
aterrizó delante de la Escuela,  
envolviendo todo el pueblo  
en una espesa nube de polvo.

Era el momento ideal para mí.  
El forastero a penas podría ver que venía para matarle.

Como un auténtico jaguar invencible  
del Tercero de Infantería,  
me lancé al ataque,  
apoyado por el ruido infernal del dinosaurio volador  
el palpitar de mi corazón que iba a estallar,  
y el tic-tac del Rolex, que marcaba las 12 y 15 pm.

De una sola patada hice estallar la puerta destartalada.

Pero al verle, todo mi ímpetu desapareció.  
Me quedé tieso,  
plantado en el umbral de la puerta.

Él, difícilmente se puso de pie.

De repente el polvo desapareció a su alrededor,  
dejando su cuerpo rodeado de una aureola de claridad.

Yo temblaba de los pies a la cabeza.  
Él, firme, me miró con la mirada de siempre,  
esa mirada que atraviesa la carne  
y va a plantarse en lo más profundo del alma.

Apreté los dientes hasta hacerlos crujir,  
agarrapé los dedos de mis pies a mis botas,  
mi cuerpo se tetanizó,  
pronto mis ojos darían vuelta y me desmayaría.

Fue entonces cuando el forastero  
pronunció las únicas palabras  
que realmente le escuché decir:

- Tira.  
- Tan solo vas a matar al hombre  
el revolucionario vivirá para siempre.

Su voz...  
Su voz me dio mucho miedo.  
Mi cuerpo se contrajo como una babosa y,  
sin querer,  
mi índice apretó sobre el gatillo de mi fusil.

La primera ráfaga me salió sin apuntar  
y fue a quebrarle las piernas.

Las raíces del árbol de la esperanza



habían sido cortadas  
y le vi caer de rodillas.

Tenía la boca abierta,  
seguramente de dolor,  
pero yo pensé que iba a decirme algo más,  
entonces,  
para evitar que me hablase otra vez,  
le descargué la segunda ráfaga en el pecho.

Esta vez vi claramente su sangre estallarse  
contra las paredes de tierra blanca ,  
mientras que su cuerpo se retorció de dolor por el suelo.

Pero aún estaba vivo, tenía los ojos abiertos.

En eso entró el general "G"  
con la pistola en la mano  
y, a quema ropa,  
le descargó los cinco tiros de su cargador.

Pero él seguía con los ojos abiertos.

Luego le siguió el capitán "A",  
quien con el cañón de su pistola  
buscó un lugar donde plantar sus balas,  
le levantó el mentón en actitud de macho,  
como queriendo provocarle,  
y por fin le disparó en el cuello.

La bala le cortó la carótida

y un chorro de sangre  
salpicó el rostro del capitán.  
Éste retrocedió medio cegado y diciendo:  
- ¡Madito!  
Su compañero le sostuvo por el brazo  
y juntos salieron de la Escuela gritando victoriosos:

- ¡Por fin, se acabó! ¡Se acabó!

El ruido del helicóptero comenzó a aumentar  
y las alas a acelerarse,  
produciendo un inmenso torbellino  
que tan solo dejaba entrever centelleos de metal.

Cuatro soldados entraron a paso de carrera,  
rodaron el cuerpo del forastero  
sobre una camilla de campaña,  
lo cargaron sobre sus hombros y lo llevaron.

Al pasar junto a mí  
vi que tenía los ojos abiertos.  
Que aún estaba vivo.

Salí corriendo tras el helicóptero  
que empezaba a elevarse por los cielos.

- ¡No! ¡No lo lleven...! gritaba,  
¡Porque aún está vivo!  
¡Hay que matarlo otra vez!  
¡No lo lleven!

Pero el pájaro de metal  
Desaparecía ya por entre las nubes.

Quise dispararle para derribarlo,  
pero fue en vano:  
mi fusil M-2 estaba tan vacío de balas  
como mi alma de vida. .

Pero yo sé que aún estaba vivo  
¡Está vivo y me mira!  
¡Me mira!  
Está vivo...  
Me mira....

FIN